

## Adiós, amigos, que Dios los acompañe

Mayo 14, 2023 – Rev. Héctor Hoppe

### Juan 14:15-21

*[Jesús les dijo] Si me aman, obedezcan mis mandamientos. <sup>16</sup> Y yo rogaré al Padre, y él les dará otro Consolador, para que esté con ustedes para siempre: <sup>17</sup> es decir, el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir porque no lo ve, ni lo conoce; pero ustedes lo conocen, porque permanece con ustedes, y estará en ustedes. <sup>18</sup> No los dejaré huérfanos; vendré a ustedes. <sup>19</sup> Dentro de poco, el mundo no me verá más; pero ustedes me verán; y porque yo vivo, ustedes también vivirán. <sup>20</sup> En aquel día ustedes sabrán que yo estoy en mi Padre, y que ustedes están en mí, y que yo estoy en ustedes. <sup>21</sup> El que tiene mis mandamientos, y los obedece, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y me manifestaré a él.»*

### ¿QUÉ NOS DICE EL TEXTO?

- Jesús está reunido con sus discípulos preparando su salida de este mundo. Terminada la Cena Pascual el jueves a la noche, Jesús trae palabras de consuelo y apoyo para lo que vendrá en los próximos días y en el futuro lejano. Él se irá triunfante a los cielos, con su cuerpo glorificado y su victoria sobre la muerte, mientras sus seguidores se quedarán sin su presencia física y vulnerables a las persecuciones de parte de los enemigos de la fe cristiana.
- Esta situación genera una despedida llena de consuelo y con la promesa de que Dios estará con ellos siempre, especialmente con la presencia y asistencia del Consolador, el Espíritu Santo, quien “les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que yo les he dicho” (Juan 14:26).

- En este discurso de despedida Jesús presenta a quien en el Antiguo Testamento estuvo más bien a la sombra del pueblo de Dios: El Espíritu Santo. Ahora Jesús habla claramente sobre la tercera persona de la Santa Trinidad. No es una cosa nueva para los discípulos, ya que ellos experimentaron su presencia y su poder durante el ministerio de Jesús y el de ellos mismos.
- Esta porción del discurso de Jesús comienza con dos conceptos que parecen antagónicos: amor y obediencia. Muchas veces pensamos que el amor es libertad, y que no ata a nadie a nada, sin embargo, el amor verdadero del cual habla Jesús es el amor que se sacrifica, que sufre por el otro, y que obedece los mandamientos de Dios.
- ¿De qué mandamientos habla Jesús? De los que están descritos en el Antiguo Testamento, los que sirvieron de guía para la vida al pueblo de Israel. En su discurso de despedida, Moisés le recuerda al pueblo antes entrar a la Tierra Prometida: “Amarás al Señor tu Dios, y todos los días cumplirás sus ordenanzas, estatutos, decretos y mandamientos...” (Deuteronomio 11:1). Varias veces Moisés resume todos los mandamientos de Dios en uno solo, así como hizo Jesús: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Estas palabras que hoy te mando cumplir...” (Deuteronomio 6:5-6). Ver también Mateo 22:37-39. Con estas palabras, Jesús, quien es Dios, afirma su derecho de ser amado y obedecido.
- Aunque los discípulos ya tienen el Espíritu Santo, Jesús se los volverá a dar después de su resurrección (Juan 20:22) y muy especialmente durante la fiesta de Pentecostés (Hechos 2). Y así hace y hará con nosotros, todo el tiempo estará enviándonos el Espíritu Santo para consuelo, fortalecimiento y poder para cumplir el mandamiento de amar a Dios y a nuestro prójimo. Ver Juan 13:34-35.
- El Espíritu Santo no puede ser reconocido por los que no son creyentes (v 17). Consideremos que Jesús, después de su resurrección, no volvió a predicar públicamente ni a

discutir con los fariseos, sino que solo se apareció a los suyos, a los que, aunque todavía dudando, eran sus discípulos (no solo los doce). Dios solo puede ser reconocido por medio de la fe. Los ojos de la ciencia y de la filosofía, de la razón y el entendimiento no pueden ver ni recibir a Dios, porque solo la fe –que provee el Espíritu Santo– puede hacer el milagro de abrirnos los ojos espirituales para que reconozcamos a Dios.

- El Espíritu Santo, como Consolador –literalmente paráclito, el que camina y caminará a nuestro lado para siempre (v 16)– es el que nos anima a hablar, primeramente con él mismo en oración, y luego con las personas que necesitan apoyo, consuelo, guía y un mensaje de esperanza. Mediante el paráclito sentimos y confirmamos que Dios está con nosotros – Emanuel– todo el tiempo (Mateo 1:23).
- Esta verdad se confirma con la promesa: “No los dejaré huérfanos –sin consuelo–. Cualquiera que no tiene familia sabe lo tremendamente especial que es esta promesa. Esta verdad también cobra vida cada vez que por cuestiones de nuestra fe cristiana tenemos desencuentros con nuestra familia o nuestros amigos. Dios no nos deja solos en ninguna circunstancia.
- “Pero ustedes me verán” (v 19)... con los ojos reales y los de la fe. Y lo vemos vivo todavía hoy en su Palabra y en la Santa Cena, y porque él vive, nosotros también viviremos. Estas son las grandes promesas de Dios. Cada vez que asistimos a un funeral cristiano, el Espíritu Santo nos recuerda y nos afirma en la promesa de Jesús: “Ustedes también vivirán” (v 19). Su resurrección es nuestra garantía, y por si nos falla la memoria o nos asustan las dudas, el Espíritu Santo viene a nuestro auxilio.
- El Espíritu viene a todo tipo de personas, a quien ha pecado, a quien se ha desviado del camino de Dios, viene al corazón contrito, al que reconoce sus faltas delante de Dios. El Espíritu Santo nos ayuda a ver a Dios y a amarlo mediante la obediencia a sus mandamientos. Eso es lo que hizo Jesús cuando estuvo en la tierra. Él llamó a sus discípulos

y les pidió que lo siguieran, y los guio en el camino. Jesús y el Espíritu Santo son nuestro modelo y nuestra fuente de poder para caminar por esta vida consolados y consolando a otros. Amar al Dios Trino es honrarlo cumpliendo sus mandamientos.

## PARA REFLEXIONAR

1. “Si me aman” (v 15) quiere decir: si quieren servirme, si quieren complacerme, si quieren hacer mi voluntad y honrar mi nombre, entonces, atesoren mis mandamientos y cúmplanlos. Esto es, amamos a Dios, no a nuestra manera, sino como él nos manda.
  - a. ¿De qué manera amas tú a Dios?
2. ¿Recuerdas cuando tu mamá venía a calmar tus miedos o a limpiar una herida o a darte algún remedio? Es lo que hizo Jesús durante su ministerio en la tierra con sus discípulos y con todos los que se encontraron con él. Eso es lo que hace el Espíritu Santo por nosotros ahora.
  - a. ¿Cómo lo hace?
3. Aunque no siempre somos conscientes de su presencia y de su sabiduría en nuestras decisiones, hay veces que cuando miramos a nuestra historia podemos ver con cuánto cariño el Espíritu Santo nos acompañó.
  - a. ¿En qué situaciones específicas has visto cómo te ha guiado el Espíritu Santo?
4. ¿Cómo practicas la obediencia del amor con tus padres, cónyuge o hijos, con las autoridades, y con Dios mismo?